

GARGALLO, EL PROFETA

«G ARGALLO —escribe Pierre Courthion— sabía muy bien que cada día seríamos más numerosos los que reconoceríamos la importancia de su obra, en adelante sobre su tiempo, y que la voz que momentáneamente se perdía en el desierto llegaría a ser escuchada por multitudes de hombres».

Las últimas exposiciones de la obra de Gargallo en Duisburg, en el Museo Rodin, en París; en Madrid, la publicación de un excelente catálogo razonado por Pie-

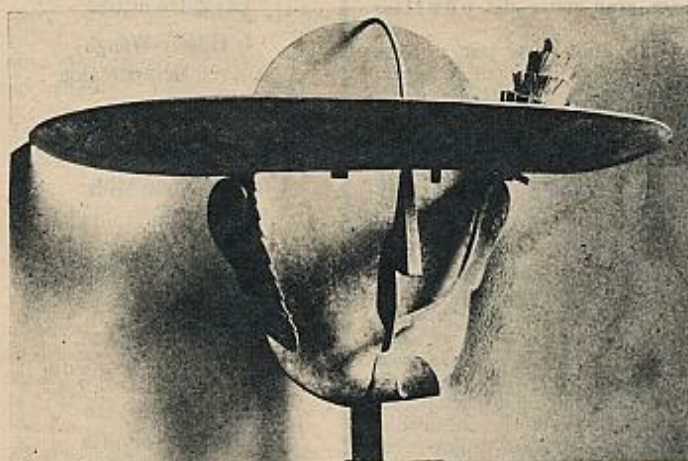
tes de pisar en el terreno del arte y en el mundo de los marchantes, así como la ausencia total de sentido del espectáculo en Gargallo. En 1934, Picasso estaba rodeado de una cohorte de admiradores, de secretarías, de marchantes, mientras que Gargallo moría en la miseria, sin poder ver realizada en bronce su obra capital, de la que un crítico dijo que «en el futuro tendrá para nosotros el mismo significado que el David de Miguel Ángel para la escultura del Renacimiento».

Ejército para luchar contra la invasión alemana. Muchos de sus amigos se habían alistado, pero su afección pulmonar le impide ir al frente. Regresa a Barcelona. Es profesor en la escuela de Bells Oficis, donde profesa también su amigo, el ceramista Llorens Artigas, que le presenta a Miró. Xavier Corberó y Serra serán, con esos dos, sus amigos y confidentes en aquella época. Pierde su puesto en 1924, por haberse solidarizado con otros profesores expulsados de Bells Oficis por su opiniones políticas.

Se instala en París. Trabaja incansablemente, a pesar de su frágil salud y de sus escasos recursos económicos. En 1933 alcanza una relativa prosperidad y tranquilidad. Vive en una casa agradable de la rue de Vaugirad, y su obra está a punto de ser reconocida por el gran público. Termina *El Profeta* en yeso, y trata de

conseguir dinero para su fundación. En vano. Pero a su exposición de la galería Brummer, en 1934, acuden 25.000 personas, y obtiene también un éxito de ventas y de crítica. Demasiado tarde. Muere el 28 de diciembre del mismo año, en Reus, donde le habían organizado un homenaje. En proyecto quedó la gran exposición que le estaban preparando en Madrid y en yeso su *Profeta*. En 1937, el Estado francés, gracias a las intervenciones de Jean Cassou, correrá con los gastos de su fundación.

Jean Cassou ha tenido la amabilidad de escribir para TRIUNFO un texto sobre Gargallo. Publicamos también algunas reflexiones inéditas del escultor de Maella sobre la escultura, así como un texto de Pierre Reverdy, poeta visionario, el primero en creer en la futura grandeza del otro Pablo. ■ R. CH.



«Picador» (hierro), 1928. Museo de Arte Moderno de Nueva York.

rrette Enguerra y escrito por Pierre Courthion, la atención que le prestan los escultores jóvenes (César confiesa que tuvo la revelación del metal ante una escultura de Gargallo), todo esto rinde justicia al artista de Maella, uno de los renovadores del arte moderno, creador de la escultura «transparente», que modificaría la visión de este arte y ejercería una influencia determinante en la creación artística actual.

En la época de los «quatre gats», en la Barcelona de finales de siglo, se conocía a Gargallo por «el otro Pablo». El uno era ya Picasso, que ignoró siempre la duda y la modestia. Gargallo, en cambio, era tímido, y sus preocupaciones por los problemas del arte se plasmaban en inseguridades, excesiva autocrítica y búsquedas continuas. Al insolente «yo no busco, encuentro» del uno, respondía la incesante investigación del otro entre «el granito de los caldeos y egipcios, el mármol y la cerámica de los griegos, el bronce tallado del Renacimiento italiano, las maderas españolas...».

Nacidos ambos el mismo año (1881), fueron amigos de juventud y compartieron los mismos locales de trabajo. Pero se fueron separando por sus formas diferen-

El profeta

Nació Gargallo en Maella (Zaragoza), el 5 de enero de 1881. Sus padres, campesinos arruinados, emigraron a Barcelona. A los catorce años, Pablo Gargallo recibe las primeras lecciones de dibujo, y a los diecinueve realiza la gran chimenea de alabastro del hotel de España. Viene a París en 1903, con una beca. En seis meses traba amistad con Max Jacob y Manolo Hugué. Regresa seis meses más tarde a Barcelona, al terminársele la beca. Pablo Picasso, que viene a instalarse a París, hereda sus muebles.

Picasso, a su vez, le deja su estudio de Barcelona, y cuando Gargallo vuelve a París, en 1907, lo aloja en el Bateau Lavoir. Gargallo queda impresionado por la evolución de Picasso, y desde entonces se dedica a buscar también un camino personal. Pero no copia al pintor malagueño ni se deja influir por él. Picasso, Max Jacob y Manolo siguen visitándolo. El poeta Pierre Reverdy, Modigliani, Gaston Modot, intérprete de las películas de Buñuel, el músico catalán Soler, etcétera, se reúnen en su estudio de la rue Blomet.

En 1914 intenta enrollarse en el



«Violinista» (plomo martilleado), 1920. Museo de Arte Moderno de Barcelona.